



07/14/83

# OSCAR RIVAS O EL NACIMIENTO DE LA FIGURA

Mauricio Navia

Sumirse en el universo plástico de Oscar Rivas es olvidarse en una dimensión de alucinadas contorsiones, en un horizonte de solitarias y devastadoras transformaciones.

Siendo habitante de la Mérida tradicional, formado en la escolástica de Derecho y casi incomunicado con el mundo exterior la tendencia natural hubiera sido el paisajismo. Pero aquel sutil olfato del artista, aquella percepción invisible pero culta, lo lanzó hacia lo más representativo de la sensibilidad de nuestra época y lo vinculó a los espíritus creadores más significativos de la vanguardia plástica.

Desde sus primeros intentos de expresión no se observa ni siquiera un atisbo de aproximación a la tradición formal de la pintura. Se definió plenamente abstracto. Sin reglas ni precedentes académicos se confrontó espontánea y descarnadamente con la creación. Utilizando todo tipo de elementos Oscar Rivas se dio a luz fundamentalmente con el óleo. Con algunos tropiezos y asombrosos aciertos comenzó disolviendo toda figura, toda forma definida. Embriagado con la fuerza de los colores encendió un universo de informes masas multicromáticas. Los trazos fogosos no se hacían sin embargo gestuales. Se acentuaban en acabados bien definidos y con demarcaciones inequívocas. Los aciertos lucen en este primer momento, sobre todo, como exploraciones en los colores opacos y en las texturas del profundo relieve. Pero también, y es lo asombroso para un autodidacta solitario como Rivas, por ese encuentro, sin antecedentes previos, con las tendencias más audaces de este siglo. Sin importar algunos abusos del color o las suspicacias del acabado imperfecto, Rivas aflora a la plástica pleno de un espíritu innovador e irreverente, pleno de un ímpetu libre y brioso pero también con una lúcida visión conceptual del arte actual, con una aguda captación de la estética del siglo.

Quince años, o más, se movió en silencio, bajo las sombras de su modestia. Pero tal vez esto lo preservó del escándalo del mercado, del brillo de las modas, y del atropellado arribismo periodístico. Le permitió salvar la distancia en donde la vanidad no se sitúa en la obra para los otros, sino se torna en goce autónomo para la vida, en placer de forjar lo

bello para el ser íntimo. Oscar Rivas se ofrendó a la fascinación de revivir en su creación las grandes líneas de la plástica. Alberto Arvelo, confirma entusiasta el hecho; "Rivas vuelve a inventar la pintura contemporánea", teniendo como "único criterio, su magnífica sensibilidad". Vindica por ejemplo, para uno de sus primeros cuadros un emparentamiento afectivo con Kandinsky, o un hálito creciente, en otros posteriores, de Pollok. Rivas se admira cuando al descubrirse en ellos comienza a conocerlos y se reencuentra en lo ya encontrado. Pero es nada colocar sólo dos nombres en su proceso pictórico. Rastrea las insondables mareas del informalismo (que nunca abandona). Se tropieza con los avatares ópticos del cinetismo, donde se detiene poco y no se encuentra a gusto. Repiensa los giros y las modalidades del constructivismo, que lo arrastra a dimensiones casi muralísticas. Pero fundamentalmente es la intensidad candente del expresionismo quien rige sus modulaciones y contorsiones. En el furor apasionado del expresionismo explora en las texturas profundas, las siglas de milenarios códigos, las alusiones de fósiles inmemoriales, las reminiscencias de fuegos primarios. Allí se confronta con los espacios tridimensionales: Enamora maderas y hierros desterrados Incrusta elementos marinos y fibras de viento. Acaricia las siluetas del barro y de la roca cruda. En fin, los volúmenes escultóricos lo abaten con dura fuerza expresiva.

Esta definitiva seducción por el expresionismo tiene un movimiento apenas transparente. Como en lapsos esporádicos se infiltra, sinuosa y a veces elegantemente encubierta, la siempre seductora figura. En trazos ligeros, apenas insinuados, comienza a surgir lo figurativo, hasta vertirse en el cauce principal.

*Las máscaras* se reiteran en estilos multiformes bramando tambores africanos y rituales salvajes: se manifiestan en los relieves gruesos del óleo pero también en soberbios collages con desechos domésticos. Las figuras también se destilan en torsos informes o en movimientos de danzarinas y vírgenes de las sombras. El dibujo es sin embargo, tan tenue e indirecto, en este momento, que se silencia con poderosas proposiciones abstractas y con fuertes descomposiciones de los planos y del color. La ira delirante de los colores vivos no respeta estas insinuaciones de la figura no respeta incluso la composición de las formas abstractas, tornándose a veces, en irrespeto flagrante de la sobriedad dominante. Oscar Rivas de debate en este movimiento pendular, de revivir la figura y aniquilarla, con tal irreverencia que a veces colinda con el informalismo, como en sus primeros oteos pictóricos

Es también dominante su encantamiento con el óleo y el acrílico en lienzos grandes, pero siempre fusionados con elementos y técnicas mixtas.

Tres años atrás se operó una metamorfosis donde en el duelo sangriento entre la figura, y lo abstracto, la primera salió victoriosa. Las

incursiones en el pastel se hicieron frecuentes y el lienzo se cambió por el papel. Las figuras, antes intencionalmente opacadas, se hicieron explícitas y se convirtieron en motivo central de la ejecución plástica. Siempre siluetas descompuestas en simbiosis con animales míticos, o alegorías antropomorfas, narrando en gestos los dolores de alguna apologetica decadencia. La maleabilidad del pastel y sus transparencias atrapan a Rivas. Con el aplaca los giros intempestivos de los colores y los planos rígidos, apacentando con elegancia armónica las tonalidades y los espacios. En el pastel afina los volúmenes, estudia la profundidad, adiestra las gamas del color, y atempera la composición. La figura en el pastel permite el salto hacia el dibujo.

Solitario, como siempre, y regido por impulsos internos, Oscar Rivas asumió el dibujo, como línea, a mediados del 82. La plumilla fue, azarosamente, su primera manifestación. Pero casi inmediatamente se plegó a la ductilidad del carboncillo. La tinta china producía líneas y planos firmes, él necesitaba volúmenes y profundidad. Para este autodidacta de asombroso recorrido el carboncillo no ofrecía límites. Poseído por el dibujo se entrega con intensidad desbordada a la gesta creadora. Días enteros y hasta semanas de encierro producen secuencias cada vez más acabadas. El estilo, por la técnica, parecería tener un trasfondo gestual: Se coloca un fondo indefinido de carboncillo y se deja oír los llamados de las formas que aparecen. Se persiguen líneas buscando primero formas y luego adivinando figuras. A mano alzada, sin diseños ni programas, deja que los trazos exploren libres hasta entrever la composición (en lapsos de lucidez artística, casi de iluminación). Más que dibujar figuras deja que ellas mismas se dibujen y formen a sí mismas.

Oscar Rivas encuentra en los juegos del carboncillo una visión disonante de los cuerpos. El cuerpo se distorsiona, se descompone, hasta convertirse en una masa duiforme, hasta desmoronarse en fantasmas, asexuados. Las contorsiones y protuberancias del cuerpo junto con el claro oscuro narran ahora los delirios cavernarios del cuerpo fantasmas. Sin embargo este universo de sombras-sin identidad-esconde, un dejo de ternura por esos cuerpos desvalidos, una visión humanizadora (a veces hasta maternal) de esos cuerpos agónicos. Nunca se hacen grotescos ni sordidos, son más bien elegantes, a veces hasta escultóricamente estilizados. Por otro lado, las intenciones expresivas de alguno de ellos, por que no decirlo, aluden al Guernica. Se destaca También la ruptura de los espacios cuando la luz filtra dimensiones insondables en las profundidades brumosas del dibujo. Aunque, claramente, son lugares cerrados con todo su horizonte fijado. Oscar Rivas, tuvo un movimiento inverso hasta culminar en el dibujo, atrapando, tal vez, su mejor universo expresivo.



W.S. 02





